

tribuyó los despojos enemigos por igual entre los que quedaron en el campamento y los que le acompañaron, imitando al rey David, que recompensaba así á los que marchaban al combate como á los que custodiaban los bagajes. La victoria fué celebrada con combates y festines, y la carne de los camellos cogidos á los musulmanes pareció á los cruzados delicioso manjar. Con admiración eran contemplados los ricos despojos conquistados, y por todos lados se entregaban los peregrinos á ruidosa algazara pensando que aquella brillante y fácil victoria habría de decidir á su caudillo á aprovechar el terror que entre los sarracenos sembrara para guiar al ejército hacia Jerusalén.»

Los árabes denominan á Hebrón *el-Chalil*, ciudad del *Amigo* (de Dios). La población actual está dividida en tres partes, siendo la del centro la más considerable. Alzase en forma de anfiteatro sobre la colina, carece de murallas y cuenta cuatrocientas casas con cinco mil habitantes, musulmanes todos, excepto cuatrocientos israelitas residentes á la parte baja. Su elevación es de doscientos setenta y tres pies mayor que la de Jerusalén, ó sea, de dos mil ochocientos cuarenta y dos; según Schumbert, de dos mil seiscientos sesenta y cuatro pies. La iglesia de San Abraham está convertida en mezquita con el nombre de *Mesdjed-el-Chalil*, y prohibido á los cristianos entrar en ella. Esta mezquita está encerrada en el recinto llamado del Hasam, que da nombre á uno de los barrios de la ciudad. La guerra de Crimea que ha abierto á los cristianos, mediante cierta retribución en dinero, la puerta del Haram *ech-Cherif* de Jerusalén, cuyo acceso les estaba prohibido bajo pena de la vida, no fué bastante para facilitarles el del Haram *el-Chalil* de Hebrón, tenido por los musulmanes como uno de los santuarios más augustos del islamismo. Pocos en número han sido los privilegiados viajeros que han logrado penetrar en él; entre ellos hace pocos años el príncipe de Gales, de manera que las únicas noticias que acerca de la interioridad del edificio se han difundido hasta hoy son debidas á nuestro compatriota Ali-Bey.

Pero antes de transcribirlas examinemos por su parte exterior el famoso monumento en que van juntos los recuerdos de la antigüedad judaica, de la madre del primer César cristiano y de la época heroica de las Cruzadas, monumento que contiene un gran patio, la mezquita y la cripta ó renombrada cueva de Makfelah.

«Es el Haram de Ebrón, dice M. de Sauley, una magnífica obra muy semejante á los mejores trozos del muro exterior del Haram de Jerusalén, es decir, á aquellos que con toda seguridad puedan atribuirse al mismo Salomón, y como David, su padre, reinó en Hebrón por

espacio de siete años y medio antes de hacerse dueño de Jerusalén, á donde trasladó la capital, no tengo el menor reparo en atribuirle la construcción del sagrado recinto que tengo á la vista.» Consiste éste en un paralelogramo rectangular, largo de unos setenta y cinco metros por treinta y ocho de ancho y diecinueve de altura, entendiéndose que estos números no pueden darse por exactos sino únicamente por aproximados y como resultado de la impresión que causa, mirados desde alguna distancia, unos muros á los que no sería posible acercarse mucho sin correr graves peligros. Los lados mayores están adornados con quince pilastras anchas de un metro por ocho de altura; en las menores su número no pasa de ocho. En los cuatro ángulos levantaron los musulmanes otros tantos alminares, de los que hoy sólo subsisten dos; los otros están arrasados. Junto á la escalera que conduce al sagrado recinto existe una peña en la cual á los judíos se permite hacer oración.»

Al lado del Mediodía álzase la mezquita, á la que se llega por ancha escalera; Ali-Bey nos la da á conocer con la siguiente descripción.

«Los sepulcros de Abraham y su familia, dice, hállanse en un templo que antes era iglesia griega, á los cuales se sube por una hermosa y cómoda escalera que conduce á una galería, desde la cual se pasa á un reducido patio porticado con columnas cuadradas.

»El atrio del templo forma dos divisiones: en la de la derecha se encuentra el sepulcro de Abraham y en la de la izquierda el de Sara. En el interior de la iglesia, que es gótica, entre dos gruesas columnas á la diestra álzase en el centro un templete que cobija el sepulcro de Isaac; otro semejante á la siniestra guarda el de Rebeca su mujer. Esta iglesia convertida en mezquita tiene su *meheret* ó púlpito para la predicación de los viernes, y otra tribuna para los *muddins* ó cantores. Al otro lado del patio levántase un segundo pórtico también con dos estancias ambas cubiertas con una pequeña cúpula: la de la izquierda contiene el sepulcro de Jacob y á la derecha el de su esposa Lía.

»Al extremo del pórtico del templo, hacia la derecha, una puerta comunica con una especie de larga galería que también sirve de mezquita; por aquí se entra en otro local, donde existe el sepulcro de José, que murió en Egipto habiendo prevenido que sus restos fuesen trasladados por el pueblo de Israel. (Este dato es á todas luces inexacto. Los restos de José no fueron sepultados en Hebrón, sino en Sichem—Josué, XXIV, 32.—Autores hay que dicen pertenecer aquel sepulcro á Esaú). Todos los sepulcros de los patriarcas están cubiertos de ricos paños de seda verde recamados de oro; los de sus esposas son encarnados

con iguales bordados. Envíanlos los sultanes de Constantinopla, y nueve conté uno sobre otro en el sepulcro de Abraham. Soberbios tapices adornan las paredes de las salas en que están los sepulcros, impidiendo la entrada verjas de hierro y puertas de madera forradas de plata, con cerrojos y cadenas del mismo metal. Para el servicio del templo hay más de cien empleados.»

Todo el monumento mide ciento cincuenta pies de largo por ochenta de ancho.

Lo que Ali-Bey califica de sepulcros no son, al parecer más que cenotafios; los verdaderos sepulcros de los tres patriarcas y sus mujeres se hallan en la cripta situada debajo de la mezquita, cripta que, según tradición no interrumpida, es, conforme dijimos, la antigua gruta ó cueva de *Macphela*, ó sea la doble cueva comprada á Efrón por Abraham para sepultura de Sara.

Los talmuditas no están de acuerdo acerca de la disposición interior de la cueva, que seguramente comprendería dos estancias conforme se desprende de su nombre hebreo *Macphela*, en latín *Spelunca duplex*. Creen unos que se componía de dos salas subterráneas contiguas, situadas en el mismo plano y siendo la primera como el vestíbulo de la segunda; otros, por el contrario, suponen que una estancia está superpuesta á otra, problema que sólo bajando á la cripta podría resolverse. Por desgracia su entrada, como queda dicho, está prohibida, no sólo á los cristianos, sino también, á lo que se cree, á los mismos mahometanos.

La edad de este notable monumento ha sido objeto de repetidas discusiones y ha dado lugar á las opiniones más diferentes; la más general y acreditada admite como probable la tradición que lo atribuye á David ó á Salomón. Algunos autores, muy pocos, lo suponen construido por Herodes el Grande.

Existen todavía en Hebrón algunos restos de la más remota antigüedad. En la parte baja vése la gran piscina cuyo origen data de la época de David, y que probablemente es la misma en que se colgaron los pies y las manos de los asesinos de Isboseth, de cuyo hecho nos hemos ocupado: tiene sesenta y seis pasos cuadrados, pudiéndose bajar cómodamente á ella por unas escaleras de cuarenta grados, que están en los cuatro ángulos. Cerquita está la puerta de la ciudad sombría y baja, que trae á la memoria el asesinato de Abuer. Más arriba se encuentran restos de antiguas murallas que se suponen haber pertenecido al castillo de David. Algunos sepulcros abiertos en la peña son también monumentos cuyo origen puede remontarse á la época de los reyes de Is-

rael. En las inmediaciones de la gran mezquita hay un edificio que encierra los sepulcros de Abuer ó Isboseth. También de origen antiguo subsisten en Hebrón dos antiguos estanques, el mayor, situado entre el Haret-el-Haram y el Haret-el-Mecharkah, nombres de dos cuarteles ó barrios de los cuatro en que se divide la ciudad, es un cuadrilátero que mide cuarenta y ocho pasos á lo largo por cuarenta y cinco á lo ancho; á él puede bajarse por dos escaleras, situadas en dos de sus ángulos. Ha sido objeto de reparaciones en distintas épocas, y la obra actual es árabe. Será sin duda el estanque mencionado en la Biblia.

En Hebrón se fabrican esos objetos de cristal tan frecuentemente encontrados en Oriente, como son los anillos, brazaletes y pendientes de varios colores que llevan las drusas y las maronitas del Líbano, las mujeres de Samaria y Judea.

No hay que buscar en la ciudad de Hebrón casas notables. En muchas se observan vestigios del terremoto que tantos desastres produjo en Palestina, acaecido en 1.º de enero de 1837.

Los judíos de Hebrón celebran la fiesta de los *Tabernáculos*. Construyen cabañas de ramaje en los patios y azoteas, donde permanecen algunos días á tenor de lo prescrito en el Levítico. (En Europa muchos judíos han hallado un modo singular de eludir el precepto de Moisés, colocando en el tejado de sus casas un pabellón, donde por espacio de siete días viven cómodamente en sus ingeniosos tabernáculos). La fiesta de los *Tabernáculos*, una de las principales de la antigua ley, instituyóse en conmemoración de la vida nómada del desierto. Esta fiesta de las primeras edades celébranse por los últimos restos de Israel en un suelo que después ha sido para ellos extranjero, pidiendo en vano al Señor que ponga término á un cautiverio que no ha de tener fin.

Saliendo de la ciudad hacia el Sud, encuéntranse en el valle tres pozos conocidos con los nombres de Abraham, Isaac y Jacob, «de los cuales, dice un peregrino en ocasión de visitarlos, estaban sacando varias mujeres abundante y cristalina agua. Acerquéme á beber, y presentóse una doncella que cual otra Rebeca (Gen. XXIV, 18) puso al momento debajo del brazo el cántaro que llevaba en la cabeza para que yo bebiese.» Esta era una ocupación que la sencillez de los primeros siglos imponía á las doncellas más distinguidas, de lo que se hallan repetidos ejemplos en la historia sagrada, y aun en la profana. Habiéndose mudado las costumbres con el tiempo, no es extraño que se haya perdido también aquel candor y sencillez que las hacía tan recomendables. ¡Cuántas de las que en nuestros tiempos blasonan de muy retiradas, habrán perdido aquella prorrogativa que tanto ensalza y distin-

que á las que antiguamente cargadas de un cántaro para ir á tomar agua á la fuente, ó conduciendo por el campo sus ovejas, se conservaban puras y sin mancilla!

En una altura inmediata á Hebrón, descúbrese muchas ruinas, entre las cuales se distinguen las de una antigua iglesia que se titula de los *Cuarenta Mártires* por haber padecido en este lugar martirio por la fe de Jesucristo nuestro Señor. En medio de la iglesia hay un sepulcro muy suntuoso. En las paredes véanse restos de columnas y de antiguos sillares, provenientes de época más remota que la obra actual, y dícese que debajo de ella existe un vasto subterráneo que descende hasta la ciudad, y guarda, según las tradiciones musulmanas, la tumba de Isai, padre de David; por esto está prohibida la entrada y los turcos tienen hecha mezquita aquella iglesia. Otros opinan que sería el sepulcro de Caleb, uno de los doce diputados que Moisés envió á la tierra de Canaán, que tomó posesión de esta ciudad, y cuyo sepulcro existía aún en Hebrón en tiempo de San Gerónimo. Créese que el monte, plantado de olivos hace varios siglos, fué la acrópolis de la antigua Hebrón, pues estaba edificada, según una tradición muy acreditada, en la cima.

A tres kilómetros al Noroeste de la ciudad, en un risueño valle, por nombre *Ued-Sebta*, crecen dos admirables encinas; mide la una tres metros de circunferencia, y la otra, mucho mayor, ocho metros y cuarenta y cinco centímetros en su base. De su tronco gigantesco salen tres grandes ramas que se subdividen á su vez en otras vigorosas; su sombra, al medio día, se extiende á unos treinta y dos pasos de Oriente á Poniente, y á unos treinta de Norte á Sud. Las generaciones que han desfilado ante aquel árbol nadie lo sabe; pero lo cierto es que si bien su enorme tronco y la fuerza de sus ramas y raíces demuestran dilatadísima vejez, rebosa aún de savia y lozanía. Los viajeros han tomado este árbol por la encina *quercus Mambre* á cuya sombra descansaron los tres ángeles que aparecieron á Abraham y prometieron al santo patriarca un hijo y le revelaron la triste suerte que esperaba á las ciudades de Sodoma y Gomorra. «Os traeré un poco de agua, díjoles Abraham; os lavaréis los pies y descansaréis á la sombra de *este árbol*.» Es opinión muy aceptable que la encina de que tratamos no data de tan remota antigüedad. Léese en *Antigüedades* de Josefo, que Abraham vivía entonces junto á una encina llamada *Ogiges*, en la tierra de Canaán, cerca de la ciudad de Hebrón, cuya encina todavía existía en tiempo de San Gerónimo, muy venerada por los paganos que la rendían culto como á una deidad. Pero al traducir San Gerónimo el pasaje de Eusebio en que se ocupa de este árbol memorable, llamándole unas veces encina y otras

terebinto, añadá que, en efecto, en su infancia subsistía todavía el árbol, de lo cual parece deducirse que después dejó de existir.

El mismo Padre de la Iglesia, en su *epitafio á Santa Paula*, refiere que ésta había visitado los *vestigios* de la encina de Abraham, otra prueba de que el árbol estaba ya muerto en aquel tiempo, quedando de él únicamente restos que la ávida piedad de los fieles, atribuyéndoles milagrosa virtud, haría desaparecer por completo.

Así, pues, el magnífico árbol que es aún hoy la admiración de los viajeros, no es la encina de Abraham. Pero ¿puede ser, preguntaremos con algunos observadores, un retoño de ella? ¿Ocupa el mismo sitio que aquella ocupó? Así opinan algunos autores y esta opinión ha sido adoptada por numerosos peregrinos. De ser así, el Ued-Sebta de hoy sería el antiguo valle de Mambré, lugar donde moró Abraham. De las investigaciones más recientes en los distintos valles que rodean actualmente á Hebrón, de los textos de la Biblia y de las *Antigüedades* de Flavio Josefo, deducen muchos autores que el campo en que se abría la doble cueva adquirida por Abraham estaba junto á Mambré, observado en nuestra reseña histórica, y que Mambré era lo mismo que Hebrón, y el Haret-el Haram, principal barrio de la actual ciudad, fué formado posteriormente á Abraham, es decir, cuando la cueva, por los sagrados cuerpos en ella sepultados, fué convertida en un verdadero santuario al rededor del cual agrupáronse las casas.

Al pie de la primitiva encina había un altar en que se ofrecían sacrificios, solemnizando cada cual su fiesta según su religión: los judíos honraban la memoria de los patriarcas, los cristianos la aparición de Dios y de los ángeles; y créese que los gentiles celebraban un culto en honor de los ángeles en forma de dioses ó de demonios propicios, ofreciéndoles libaciones de vino é incienso, ó inmolando un buey, un macho cabrío, un carnero ó un gallo, cebado con particular esmero durante el año para este objeto. Entonces no se podía sacar agua del pozo, porque los paganos echaban dentro vino, perfumes, tortas, monedas y las lámparas que habían encendido. Era tanta la concurrencia, que se estableció en este sitio una feria que durante largo tiempo fué muy célebre, y en la que Adriano mandó vender á bajo precio, en el año 135, un sinnúmero de cautivos judíos, últimos restos de su nación: los que no pudieron venderse fueron llevados á Egipto, donde perecieron miserablemente. Así lo afirma San Gerónimo, y este hecho nos recuerda aquellas palabras de Jeremías: «Se han oído allá en lo alto voces de lamentos, de luto y de gemidos, y son de Raquel que llora sus hijos, ni quiere admitir consuelo en orden á la muerte de ellos, viendo que